

dó también sobre el robusto animal, llevando á sus dos hijos en sus brazos, y mientras su flexible cuerpo seguía los ondulantes vaivenes del paso de la camella, pendían sus hermosos piés desnudos de los rudos costados del cuadrúpedo. Cedar no apartaba la vista de tan querida carga, prestábale por apoyo su brazo sólido y robusto, y Daidha, balanceada en su elevado asiento, oreaba los cabellos de su esposo con su aliento al apoyarse en él, y extendía á su vez el brazo para apoyarse en el fuerte hombro de Cedar duplicando su peso para duplicar asimismo la satisfacción de su amante. Cuando uno de los niños se despertaba ó lloraba, Cedar extraía un poco de leche de la camella, y se la presentaba en el hueco de su mano, que la criatura chupaba con afán, satisfaciendo así su necesidad ó su sed.

De este modo caminaba hácia Oriente la viajera pareja, buscando el amparo de un Dios justo y vengador, y cada uno de sus pasos, acercándoles á la realización de su esperanza, parecía interponer un siglo entre ellos y sus sufrimientos.

.....

Así anduvieron hasta que despuntó la aurora. Ya el inmensurable desierto, tiñendo de rojizo color el remoto horizonte, parecía incendiar el cielo con su lívida imágen á la manera que las llamas envían su reflejo á las nubes. El vapor caliginoso que la noche le hacía exhalar parecía ondular á los rayos del sol naciente: sus múltiples surcos humeaban como las brasas que la pala remueve en la boca de un horno. Todo el horizonte flotaba confuso, si bien de vez en cuando, rasando algún oblicuo rayo la arenosa y dorada cresta, pareciendo inflamarla, lo hacía estallar como un borbotón de espuma; y deslizándose luego de una eminencia á otra al par de la luz del sol, sembraba de ígneos puntos el suelo resplandeciente, ó anegaba la mirada en sus vagos horizontes, entrecruzando las oleadas de aquel mar de fuego. Al penetrar bajo aquel cielo empañado por el vapor, cualquiera creería entrar lleno de

vida en lo infinito. La duda y el terror fluctuaban sobre aquellas cimas.

Al recorrer con la vista aquellos movedizos abismos, Cedar y Daidha, apoyados uno en otro, sintieron crispárseles todos los nervios de los piés, y echaron atrás el cuerpo con movimiento involuntario, mientras sus plantas contraídas parecían clavadas en el suelo. Pero Stagyrr, volviéndose á ellos, les dijo:

—¡Allí está! ¡La tierra de Dios y de los hombres está al otro lado de esa arenosa llanura!

El soplo abrasador del desierto había extinguido todo germen de vida sobre la tierra. Hasta donde alcanzaba la vista no se divisaban más que troncos calcinados, inclinados bajo el peso del simun y de la arena, semejantes á esos mástiles, grandes reliquias de naufragios que el mar arroja á las playas en sus días de furor, y que ostentan en lontananza, á los ojos del nau'ta, sus cadáveres tumbados y oxidados por las olas. De este modo desplegaba el desierto, en los confines de la tierra viviente, su movediza espuma; y la arena se desbordaba á borbotones de su lecho, como el agua que, al caer en el fuego, hierve y salta lejos de él.

Tranquilizados los amantes, en vista de la confianza de su guía, al penetrar en aquella arena líquida, se decidieron á seguir adelante cual esquife que se entrega á merced de las olas del mar. En breve desaparecieron de su vista las campiñas vecinas, ocultas por las ondulaciones de las primeras eminencias: el horizonte parecía decrecer y hundirse ante sus ojos, y al poco rato ya no vieron más que cielo y arena. Su ruta, serpenteando del abismo á la nube, imitaba el cabeceo de un barco que zozobra; cuando los viajeros salían de algún arenoso barranco, era para hundirse de nuevo en otro; y de vez en cuando levantaban, en la cresta de aquellas oleadas, sus dos frentes que la luz enrojecía con sus llamas, del propio modo que se ve surgir y hundirse alternativamente las velas.

de los pescadores teñidas de los rojizos matices del sol. El viento que arreciaba, soplando en sus rostros, agitaba la larga cabellera de Cedar, haciendo que le azotara los hombros con un ruido semejante á los chasquidos de las olas.

Desde que habían perdido de vista la tierra, caminaban guardando un silencio profundo, sintoma involuntario de sus impresiones, y sin atreverse á comunicarse sus ideas, llenas de fatídicos presentimientos, ya fuese porque la misma majestad de aquel intranquilo abismo les causara un terror desconocido que sellaba sus labios, ó ya porque en tan solemne momento sintiesen con más fuerza la secreta aprension del riesgo á que se exponían. Ningun rumor se unía al de su medurado paso, semejante al de una caravana que entra en un peligroso desfiladero; ni siquiera resonaba la pesada planta del camello, pues la espesa arena absorbía todo ruido. Únicamente percibían á intervalos, bajo su vacilante cuerpo, una especie de murmullo parecido al del agua corriente, y entónces aplicaban el oído con vivo placer para escuchar cómo gorgjeaba aquel suave rumor; sus ojos buscaban el manantial procurando guiarse por el murmullo del agua; detenían la marcha para humedecer en él su alma, mas en breve sufrían amarguísima decepcion; aquel ruido lo producía alguna eminencia que se desmoronaba como si aquella arena abrasada del desierto quisiera agregar el escarnio á la aridez.

Mientras tanto los rayos del sol, asestados sobre ellos desde el cielo y la tierra, caían sobre sus desnudas cabezas y les abrasaban los piés: á veces, adosándose al declive de algun montecillo, disfrutaban de un poco de sombra, esprimían el sudor de sus abatidas frentes, cobraban nuevo aliento y proseguían su marcha. Así anduvieron hasta la tardía hora en que el sol se sumergió en aquel mar sin orillas. Por fin empezó á soplar la nocturna brisa; las sombras de la noche fueron revistiendo poco á poco de más gratas apariencias la desnudez del suelo, que la vista engañada creía contemplar lleno de

yerbas y musgos. El desierto, que parecía levantado por alguna roca subterránea, presentaba los ásperos pliegues de un terreno peñascoso; las lomas, más dilatadas, redondeaban sus crestas; de sus laderas aplanadas parecían arrancar grupos de montes, cuyas formas se destacaban sobre el azul plumizo de los cielos, y cuyos erguidos picos tocaban las estrellas. La ilusion prestaba á las cimas de aquellas cordilleras los nebulosos perfiles de cedros y robles, y el viajero errante habría podido creerse sobre algun grupo de rocas del Tauro ó de las montañas del Libano, contemplando desde las alturas umbrosas de sus veladas cumbres la nieve que brillaba en la tenebrosidad de los valles.

Alimentábase su corazón de tales ilusiones, mientras las sombras de la noche adquirían creciente densidad. Los amantes se detuvieron por fin fatigados en la hoya de un valle formado por aquellas falaces laderas, teniendo por toda techumbre la oscura bóveda del firmamento y escogiendo para descansar un lecho de finísima arena. Después de ordeñar á la camella, Cedar la confió á la custodia de Stagyr; comieron en seguida los frutos que habían podido reunir para el camino, pasáronse el odre de mano en mano, y dando gracias á Dios por tan sobrios alimentos, se acostaron tranquilos al borde de los precipicios, habiéndose retirado Stagyr á algunos pasos de los esposos. Por fin se hallaban estos reunidos allí después de tantas miserias y sufrimientos, escuchando la suave respiracion de los dos frutos de sus amores, que, con la leche en los labios y refrescados por una leve brisa, dormían tranquilamente, mientras sus padres, asidos de la mano y puestos en contacto sus corazones, velaban por ellos, poniendo su confianza en el porvenir: su presencia les había hecho encontrar de nuevo el cielo.

Hay en los reposos de la existencia humana momentos celestiales, mas ¡ay! sobrado cortos, en los que la sangre que rebosa del corazón detiene su curso, en que el peso de las

los había abierto. Ante aquel testimonio elocuente de tamaña perfidia, recibió su alma un golpe mortal que la dejó anodada; volvióse á mirar á Daidha, y al contemplar sus ojos petrificados de horror, sintió redoblar su espanto; cuanto más se penetraban mutuamente sus afanosas miradas, más mortal era la respuesta que encontraban en ellas á su horrible duda, y más bebían las oleadas de una prolongada agonía en aquella mirada muda, diálogo sin palabras. Abrumados de terror, bajaron ambos la cabeza, y se sentaron silenciosos y resignados á morir en aquel mismo sitio; mas al ver á sus hijuelos se sintieron reanimados, causándoles punzante remordimiento su pasajera resignacion. Al escuchar sus gritos, Cedar se levanta de pronto; con los ojos fijos en el polvo, interroga el suelo, y procura descubrir en la movediza arena el camino que ha seguido Stagyry; pero las alas que el viento agita al amanecer sobre aquellas áridas oleadas han nivelado las arrugas del polvoriento océano y borrado las huellas del infiel guía. Ni siquiera se conocería allí la impresion de la planta de un ave.

Cedar regresó desfallecido de su infructuosa exploracion, mientras Daidha, tendida en el sitio en que la arena estéril debía estar en su concepto empapada de agua, procuraba encontrar el líquido que había bebido, y mordía aquellos abrasados granos con furibundá desesperacion; acercando luego á sus hijos, les aplicaba la boca contra el suelo, creyendo que éste, apiadado de su sed, no se negaría á devolver el agua que á gritos le pedían, y dando furiosos saltos como una pantera, descargaba fuertes puñetazos en la tierra para vengarse de ella.

Cedar la contempló con los brazos levantados un momento; luego, arrancando á Daidha á aquel delirio insano, y abandonando al cielo su corazón lleno de duda para que un guía invisible le iluminara en su camino, tomó en brazos á sus hijos y echó á andar sin saber á dónde le encaminaban sus

pasos. Daidha le siguió, mirando á cada momento el brumoso horizonte, el desierto sobre el cual se extendía un denso velo de polvo ó la niebla que parecía humear; de vez en cuando extendía la mano en determinada direccion, lanzando un grito de esperanza, y obligaba á su esposo á retroceder cien veces por el mismo camino. Con su mirada de madre, veía surgir una ilusion tras otra en los vapores extendidos por el horizonte; su esperanza, tantas veces frustrada, iba agotando sus fuerzas; cada paso que ambos daban les infundía nuevas vacilaciones; continuamente retrocedían arrepentidos de la ruta que habían emprendido, centuplicando así con tantos errores la extension de su carrera; y asaltados de pronto de nuevo arrepentimiento se sentaban, se levantaban y volvían á emprender la marcha.

Y mientras tanto el sol, suspendido en la celeste bóveda, marcaba con el sudor de entrambos cada alto que hacían en su camino; su fuerza brotaba chorreando de sus miembros sudorosos; Daidha se hería el seno exhausto de leche, y arrancando sus hijuelos de los brazos de Cedar, vertía en sus labios, para calmar la sed que los abrasaba, sus propias lágrimas, leche del corazón que filtra al través de los ojos. Pero la acritud de su llanto, que tan amargo lo hacía, obligaba á las pobres criaturas á rechazar los besos de su madre.

—Corazón que los has llevado, ¿los dejarás morir? Seno que los has concebido, ¿no puedes nutrirlos?—gritaba al ver lo infructuoso de tan tristes recursos.—¡Oh! Si quisieran beber sangre, me abriría las venas!—Y desgarrándose la piel con sus impotentes uñas, añadía:—¿Por qué no habeis de ser leones? ¡Así lamierais esta sangre!

El dolor insensato de los gritos emanados de su seno maternal, al extenuar su cuerpo, extraviaba su mente. En vano la sostenía Cedar sobre su corazón; Daidha huía de sus brazos contraídos, hasta que cansado el jóven de alimentar una esperanza frustrada de continuo, abrazaba el desierto cual si abrazara una tumba.

Las estrellas empezaban á tachonar el firmamento, y la noche vino á aumentar sus terrores. Sentáronse ambos, se abrazaron con mortal vehemencia como dos náufragos, y así permanecieron silenciosos y postrados. Ninguno de ellos se atrevia á pronunciar una palabra; sus corazones tan sólo acertaban á comunicarse sus mútuos sobresaltos, temiendo que desapareciera enteramente el escaso ánimo que les quedaba al proferir la palabra cuya respuesta no podía ménos de ser horrorosa. Cada uno de ambos devoraba lo que pensaba el otro. Los gritos de sus hijos eran cada vez más débiles, y aún cuando sus corazones los abrigaban entre sus dos pechos, apenas percibían el leve aliento que con dificultad se exhalaba de sus tiernas bocas: la madre calentaba aquellos dos cuerpos sobre su seno, del propio modo que la gallina sigue cobijando á su polluelo aun despues de muerto.

¡Ah! ¡Cuántas gotas de agonía bebió la arena durante aquel largo y supremo insomnio! La brisa matinal los refrescó un tanto; el sol empezó á subir por el cielo cual encendida brasa; y el alba, que jugueteaba esplendorosa sobre sus cabezas, teñía el firmamento con sus vistosos matices. Aquella alegría de los cielos parecia un insulto. Los esposos dirigieron en torno miradas afanosas para buscar socorro: pero tan sólo una cigüeña, de matizadas alas, extraviada probablemente también, surcó el aire haciéndolo resonar á pocos piés del suelo, como una larga flecha al fin de su vuelo, y llevando cogido con sus doradas patas uno de sus hijuelos cobijado bajo sus alas. El ave pareció admirarse al ver aquellos seres humanos y se acercó á ellos: Cedar levantó los brazos como para detener á aquel amigo en su carrera y suplicarle que le enseñase dónde estaba el manantial. El fuerte viento del vuelo del ave agitó sus cabellos, mas ésta se alejó sin dar oídos á sus súplicas. Ambos siguieron largo tiempo con la mirada, de colina en colina, su vuelo rastrero hasta el límite en que el cielo se confunde con el horizonte y se consideraron más solos, cuando el ave desapareció de su vista.

Uno de los gemelos murió aquella mañana, y el otro por la tarde. ¡Efímeras sonrisas de la dicha, que termina en sollozos y que sofoca una lágrima! Cedar no percibió su sorda respiración al morir; solamente sintió que sus cuerpos pesaban más y estaban más frios, y que sus cabezas, colgando del brazo que los sostenia, golpeaban su corazón como una cosa muerta. Su ojo petrificado los contempló sin llorar, y enlazando á Daidha con el brazo que le quedaba libre, huyó llevándose sus hijos muertos y su mujer, como un espectro que conduce las tres partes de su alma, ó cual víctima escapada de la hoguera que arrastra por su sangre los jirones de su carne.

Así corrió al azar hasta consumir totalmente sus fuerzas y en tanto que sus nervios contraídos engañaron su debilidad: aquel paso desatentado, aquel peso, aquel fogoso movimiento, impedían que su alma sintiera sus propios males. Cuando por fin se detuvo, cayó desfallecido, cayendo al propio tiempo sobre su preciosa carga; Daidha resbaló de su seno á la arena y él se tendió sobre aquellos dos pedazos de su corazón. El sueño, precursor de la muerte cuya imagen era, corrió un velo sobre sus ojos, y engañando falazmente su razón con ilusorios ensueños, le presentó el horizonte inundado de lagos y cristalinas corrientes.

Cuando volvió en sí de aquel letargo, el aura matinal hizo que sus sentidos cobrasen alguna energía; su robusta naturaleza pudo más que la muerte, y su mirada creyó columbrar el límite del desierto.

—¡Oh! ¡Levántate, Daidha, dijo, si aun late tu corazón! Veo elevadas palmeras que descuellan entre los matices de la aurora! Los ángeles del Señor se han apiadado de tí.

—¡Levantarme, ¡levantarme! contestó la madre; ¿y para qué? ¡Ah tigre, á quien odio más de lo que el cordero sin mancha odia el lazo que le arrastra á la muerte! ¡Levantarme yo, seguirte, ir en pos de tus pasos! ¡Ah! ¿Querrias extraviar

me todavía, no es así? ¿Desearías infligirme las torturas del desierto, haciendo morir de sed á mis pobres criaturas?

«Oh no, no! ¡El cielo los ha devuelto á mis brazos; mi corazón los defenderá ya siempre! ¡Tú no los tendrás, monstruo, sino arrancándome la vida! ¡Ven, ven á quitármelos; te desafío á que lo hagas! Dios los protege aquí contra tus crueldades; en estos sitios los ha puesto á cubierto de todo mal. ¿No ves cuán contentos están en estas orillas orladas de musgos donde sus manecitas sacan agua tan dulce? ¿Cómo los refresca la sombra del nenúfar! ¿Cómo desprende á sus piés juguetones sus sabrosos frutos la rama oscilante del limonero! ¡Cuántas flores, cuánta miel, cuántos jugos y gomas manan de la corteza ó llueven de las ramas ó se escapan formando arroyos de las repletas colmenas! ¡Qué bien se está en estos sitios, que un solo aspecto ofende y un solo mal amenaza, tu presencia, tigre!...»

Y fijando en Cedar esa mirada insistente en que el furioso delirio parece enrojecer un dardo, y echando atrás la cabeza para apartarse de él, le descargaba fuertes golpes como para dar mayor expresion á sus ideas, estrechaba violentamente contra su seno los cadáveres de sus hijos y los escondía en los pliegues de su cuerpo.

En vano Cedar, para disipar aquel delirio, le dirigía las palabras más cariñosas, buscaba sus miradas y le prodigaba sonrisas; su tierna solicitud tan sólo inspiraba espanto, y Daidha seguía contemplándole con expresion y gritos de horror. ¡Ah! ¡Aquel fué el fondo de su amargo cáliz! En la última gota bebió todo su suplicio. Su vigoroso corazón se había multiplicado hasta entonces en el destino de la mujer unida á su destino por la muerte; la muerte, ¡sí! pero la muerte conservando el amor de lo que se ama suavizaría al ménos la angustia del postrer abrazo. ¡Volar unidos á más dulce mansion hubiera sido para él una amorosa agonía! Pero ¡que

aquella mirada fija y sombría, único punto luminoso que le quedaba en la oscuridad, le desconociera!... ¡No poder atraer hácia sí con la voz ni con los ojos aquel rayo de amor que poco ántes le inundaba! ¡Prodigar tiernas palabras á un oído insensible, y no encontrar más que un abismo en el fondo de sus párpados! ¿Pero qué más? ¡Haberse convertido de pronto para ella en el objeto más extraño y más odioso! ¡Ver cómo extendía los brazos para librarse de su presencia! ¡Ah! ¡Esto era recibir cien veces la muerte por aquello mismo que le hacía vivir, ver desvanecerse el pasado como un sueño, sentir cómo se aniquilaba el corazón en que se apoyaba el suyo!

Al horrible fulgor de tan insoportable tormento, Cedar llegó á dudar de sí, de ella y hasta de Dios; y á la manera del hombre que pierde todo sentimiento, apoderóse de su alma el desvanecimiento de la nada, por cuyo abismo rodó, destrozándose contra sus agudas puntas. Quedóse inmóvil contemplando á Daidha con la cabeza baja, el pié saliente y unidas las manos, y así le fué anegando de oleada en oleada el mar de los dolores.

Cuando volvió en sí para encaminarse en dirección del oriente, quiso levantar de nuevo á Daidha; mas esta, crispó con más fuerza sus dedos que parecían adheridos á los filamentos de unos arbustos secos, se aferró al suelo con feroz energía, llenóse la boca de polvo y de sangre, y cubrió á sus hijos con su pecho para impedir que se los arrebatara su padre en quien veía á su asesino. Cedar no pudo, á causa de su desfallecimiento, arrancarla de aquel suelo en que la rabia de que estaba poseída la hacía buscar una muerte voluntaria; por lo cual se decidió á ir solo en busca de la suspirada agua cuyo manantial esperaba encontrar pronto caminando con más ligereza sin que le embarazase el peso de su triple carga, y anticiparse así á la muerte volviendo con la vida.

Echó á andar hácia la playa en que había lucido un destello de esperanza. La arena del desierto iba desapareciendo

poco á poco, y así como un sepulturero para medir la dimensión de una tumba, da algunos pasos dejando señalado en el terreno la huella de sus piés, los ángeles le veían medir á grandes pasos el campo de su muerte, con el corazón lleno de luto. Su sombra le seguía como el ala rota que una cigüeña herida arrastra por el suelo: los declives del desierto iban reduciéndose por grados, y asomaban ya por el horizonte, cual surgen los mástiles del seno de las ondas, las copas de las palmeras de una tierra fecunda. De pronto divisó el río que desplegaba sus aguas bajo el velo ondulante de los cañaverales de sus márgenes, y á su aspecto recobró la espezanza y las fuerzas: desgarró la corteza de una palmera secular, corrió al río y se introdujo en él. La brisa húmeda y las azuladas ondas subían espumosas hasta el nivel de sus sedientos labios, pero Cedar apartó la boca y la mirada del incitante licor, no queriendo gustarlo ántes que Daidha participara de él; llenó de líquido la hueca corteza, regresó sin demorá temeroso de que su trémula mano le hiciera verter una sola gota, corrió con el cuerpo erguido, los brazos hácia delante, viendo todos sus pasos impresos todavía en el terreno movedizo, y al divisar á lo lejos el grupo de las prendas de su alma, levantó la copa en sus manos gritando con todas sus fuerzas.

Mas ¡ay! ninguna voz respondió á la suya; ningun brazo se extendió hácia los que él alargaba. Daidha dormía ya en el seno de la muerte: el aliento de su boca no agitaba ya el aire ambiente; el lagarto se acercaba á ella sin recelo; la mosca y la hormiga recorrían libremente su rostro dormido, y en sus labios entreabiertos dibujábase aun la sonrisa insensata de su postrer delirio. Los niños yacían atravesados sobre su cuerpo en el que parecían esconder sus rostros encantadores; al ver aquel grupo, cualquiera hubiese creído que la madre, atendiendo á los gritos de sus hijos despues de una larga jornada, les estaba dando el pecho y que, sorprendida por el sueño, dormía sola con ellos y á los rayos del sol.

Cedar adivinó la muerte en la inmovilidad de aquel fúnebre grupo, y entónces arrojó la copa, viendo huir la vida con aquella agua, del propio modo que el hombre desesperado ve impasible cómo mana su sangre bajo el filo del cuchillo. Revolcándose luego á los piés de aquellos adorados séres, descargábase terribles puñetazos en su pecho sonoro, se levantaba en seguida para dar insensatos saltos, y cual toro que escarba furioso el polvo, recogía puñados de arena, arrojándolos frenético contra aquel cielo de plomo; y así como se escupe al rostro de la persona á quien se desea inferir un insulto, así tambien hubiera querido tener su propio corazón en la mano para arrojárselo al cielo!

—¡Oh tierra, madrastra del hombre! gritaba: ¡maldito sea por siempre tu nombre! ¡Maldita seas en todo grano de arena, en todo tallo de yerba de donde la vida y el espíritu brotan como un veneno! ¡En la mortífera sávia que circula bajo tu corteza, en la onda que te refresca y en el fuego que te abrasa, en el aire emponzoñado que haces respirar al sér humano, á ese juguete tuyo nacido para morir! ¡En sus huesos, en su carne, en su sangre, en sus fibras, en los que el sentido del suplicio es el único que vibra; en que las palpitations que agitan el seno de la vida no son otra cosa sino latidos de dolor; en que el hombre, niño de ultrajante ironía, mide las horas de su existencia por sus horas de angustia! ¡En que ese soplo animado, exhalado un momento, conoce que es espíritu solamente por sus gemidos! ¡Todo sér que lo desconocido engendra en tu seno, gime al llegar á ti y te aborrece al dejarte! ¡Cuántos hombres salen á luz en tus ámbitos viven desesperados y echando de ménos la nada! ¡Maldita por siempre sea la hora lamentable en que he cruzado sobre ti! ¡Que tu cieno me olvide, sin que en él quede un solo momento la huella de mis pasos! ¡Que el viento, cuyas alas te rozan con disgusto, disperse hasta la menor partícula de nuestros cuerpos consumidos! ¡Y que en tu haz, oh tierra,

no quede otro recuerdo mio sino la imprecacion que lanzo sobre ti!

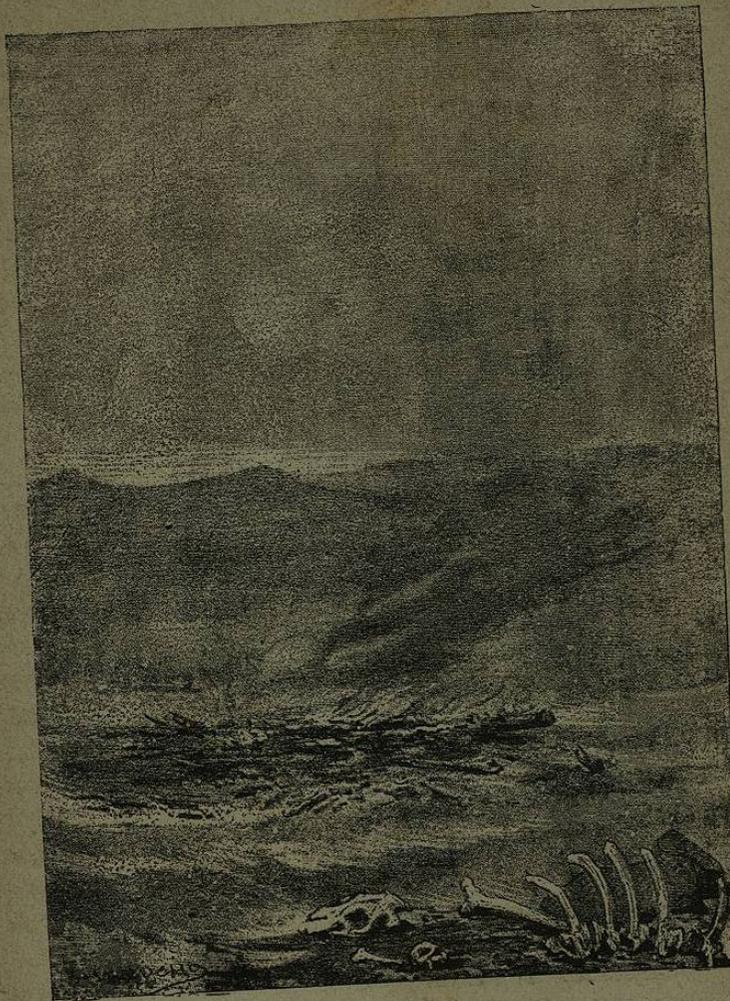
Una estentórea carcajada resonó en el aire silencioso, cual única respuesta á su insano delirio. Volvió Cedar el rostro y vió asomar por detrás de una eminencia cercana los cinco gigantes y el traidor Stagyr.

—¡Muere, bestia inmunda de angélicas facciones! le gritaron. Tu fuerza nos venció, pero la pérfida astucia nos venga. Dejemos ese pasto á los chacales del desierto; su muerte nos conserva en nuestro rango de dioses, y el hombre aguarda nuestras cadenas!

Así dijeron, y volviendo la espalda, desaparecieron, mientras el eco de sus voces se iba extinguiendo gradualmente en las profundidades del desierto.

Tan procaces y despreciativas palabras, que fueron el adios postrero que Cedar recibia de los hombres, hicieron que éste, en su frenética rabia, se irguiera contra Dios. Todo el universo giró en su trastornado cerebro, y ya no tuvo más que un afan, un objeto, una idea; anonadar su alma y arrojarla al viento. Levantándose cual gladiador herido, hizo en las colinas próximas inmenso acopio de zarzas y malezas; las fué empujando con el pié en torno de los tres cadáveres, las acumuló á modo de hoguera circular; se metió en el centro de aquel fúnebre círculo, y prorumpiendo en blasfemias á guisa de himno de muerte, sacó chispas de un pedernal, prendió fuego á aquel monton de ramaje seco, aglomerado capa por capa, y cogiendo en sus brazos á su mujer y á sus hijos, estrechó los tres cadáveres sobre su corazon, y aguardó impávido el resultado.

Culebreando las llamas en la enorme hoguera, avivada en breve por el viento del desierto, lo sepultaron vivo entre oleadas de humo como las de un mar proceloso envuelven al triste náufrago. Aquel edificio de fuego fué hundiéndose por grados; entónces un espíritu celeste bajó á posarse sobre la



AQUEL EDIFICIO DE FUEGO FUÉ HUNDIÉNDOSE POR GRADOS

llama, y dispersando las cenizas con irritadas alas, exclamó:

—¡Desciende, descende ya que así lo quisiste! ¡Mide, oh espíritu caído, la extensión de tu caída por la de tu remordimiento! ¡Saborea el gusto de la muerte así como has saboreado el de la vida! ¡No te remontarás al cielo en que naciste sino por las cien gradas de la escala del sér, cada una de las cuales te abrasará el pié al subir por ellas; no podrás expiar tu crimen de amor hasta que tus cenizas, dispersadas á los cuatro vientos, reunidas por el tiempo y reanimadas por Dios, hayan recogido tu cuerpo de todos los elementos para rodear tu espíritu de nuevas vestiduras, y, proporcionando á tu alma otra carnal envoltura, hayas renovado nueve veces tu vida y las pruebas por que has de pasar, á no ser que el perdon, justicia del amor, descienda en cuerpo mortal á esta terrestre morada!

.....
 Cuando cesó la voz, desencadenóse el huracan sobre la inmensa llanura, sopló con todo su aliento sobre la hoguera, y dispersó la ceniza en lívidos torbellinos, bien así como el sembrador dispersa en invierno la simiente por los surcos. Cubrióse el occidente de amenazas y de rayos; estremecióse el polvo del inmóvil desierto; densos nubarrones, preñados de agua y truenos, gravitaron sobre los montes como sombría carga, y alzando el hombre su frente á la celeste bóveda, sintió caer sobre él una primera gota.

.....

